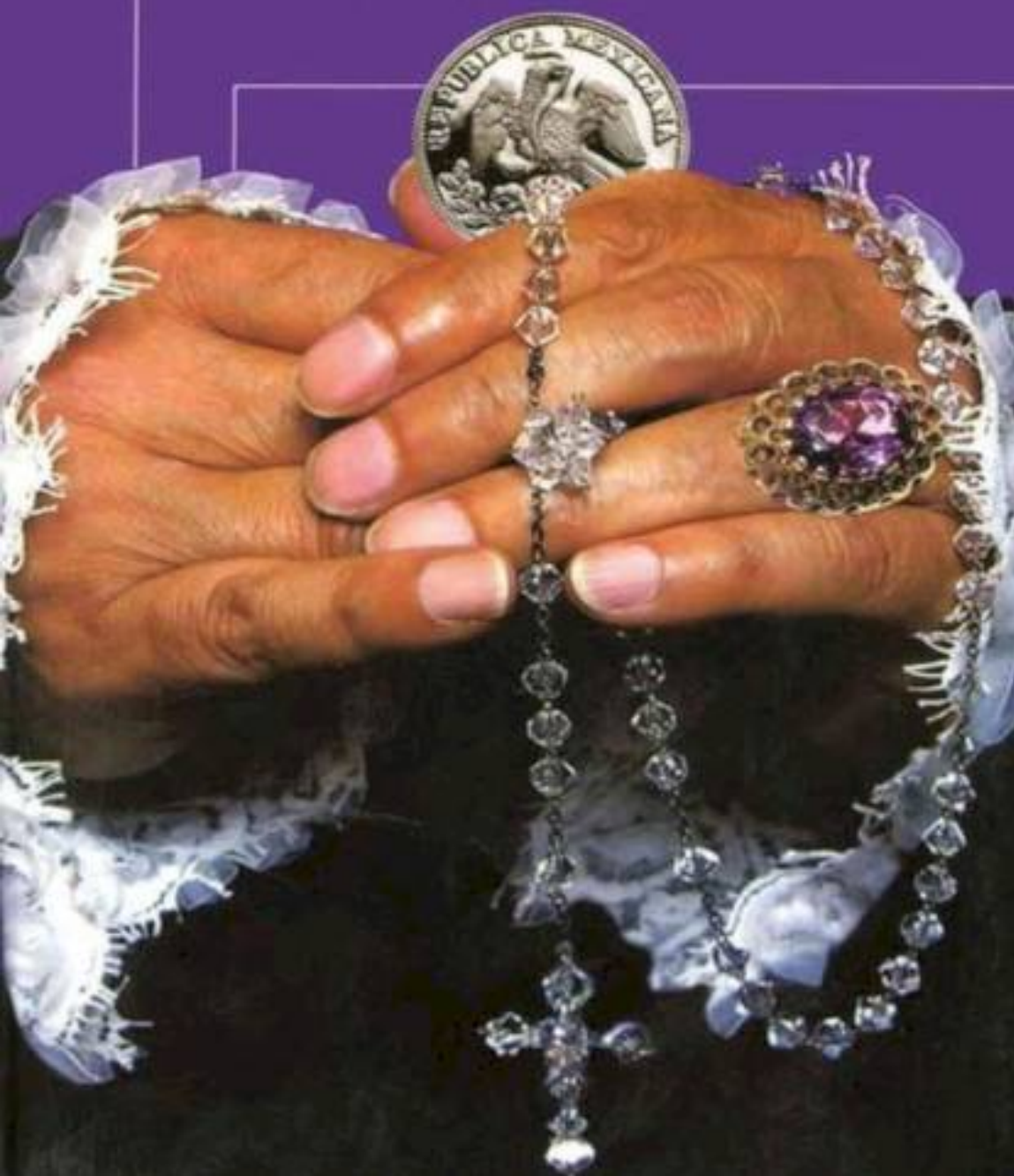


México ante Dios

Francisco Martín Moreno



México ante Dios intenta demostrar cómo el clero católico mexicano ha sido uno de los más siniestros enemigos de la historia patria. Se trata de una institución perversa, ávida de bienes materiales y de poder político y militar que detentaba el sesenta por ciento de la propiedad inmobiliaria del país; que contaba con cárceles clandestinas, policía secreta, ejércitos privados, fueros constitucionales, además de cobrar impuestos como el diezmo, que recaudaba eficientemente sobre la base de excomulgar a los evasores condenándolos a pasar la eternidad en el Infierno. El clero mexicano invariablemente estuvo en contra de los derechos universales del hombre, de las ideas de la Ilustración, de la educación laica y de las constituciones mexicanas de 1824, 1857 y 1917, cuya imposición provocó el estallido de guerras civiles financiadas con las limosnas pagadas por el dolorido pueblo de México.

México ante Dios

Francisco Martín Moreno.

A ti, querido lector que pasas la mirada por las página de México ante Dios, ¿nunca te preguntaron, a título de juego, a quién hubieras escogido como madre, el caso imposible de haber podido seleccionar a una entre todas las mujeres de la Tierra? ¿A ti no...? Pues a mí sí, y sin duda hubiera elegido a mi hermana Mariluz, la madre universal por definición y excelencia.

Un prólogo inevitable para el lector

En tiempos de las bárbaras legiones, de lo alto de las cruces colgaban a los ladrones...

Hoy, en pleno siglo del progreso y de las luces, del pecho de los ladrones cuelgan las cruces.

Anónimo.

Por más que sorprenda al lector, *México ante Dios* no aborda, de ninguna manera, temas religiosos ni cuestiona la fe de los creyentes ni intenta ser un tratado de teología ni analiza convicciones espirituales. Nada más alejado de ello. Los dogmas católicos, la liturgia y las Sagradas Escrituras, la Santísima Trinidad y la Purísima Concepción, entre otros tantos temas relacionados con el catolicismo, están absolutamente desvinculados de la preocupación central que justificó el estudio y la redacción de las siguientes páginas.

México ante Dios tampoco es, ni pretende serlo, ni será nunca, una biografía novelada de Juárez ni de ninguno de los ilustres hombres de la Reforma, sin duda, la generación más distinguida de mexicanos que ha existido. En esta novela histórica el protagonista central es el alto clero católico mexicano del siglo XIX, el mismo que detentaba más del cincuenta por ciento de la propiedad inmobiliaria del país, sin permitir que dicha riqueza circulara en beneficio de una sociedad empobrecida e ignorante. ¿Qué tal recordar que

la iglesia católica contaba con cárceles clandestinas, como las administradas por la Santa Inquisición, con policía secreta, ejércitos privados, fueros constitucionales para que los sacerdotes pudieran escapar de la jurisdicción civil? ¿Por qué no traer a colación que el clero controlaba a los Juzgados de Testamentos, Capellanías y Obras Pías, auténticas financieras camufladas para colocar empréstitos públicos y privados recaudando obviamente los intereses del caso, a falta de un sistema bancario, o bien pensar en una autoridad espiritual que cobraba impuestos como el odiado diezmo, aun a aquellas personas que escasamente eran dueñas de su hambre y de su esperanza, o que extorsionaba con cargos desproporcionados a los creyentes al imponer las tarifas por servicios religiosos como la extremaunción y el matrimonio, y además por toda clase de bendiciones y administración de sacramentos? ¿Y su obligación de divulgar el Evangelio...?

Me refiero, sí, al clero que financiaba ejércitos, derrocaba gobiernos constitucionales, organizaba en las sacristías sangrientos golpes de Estado, revueltas, levantamientos, asonadas y cuartelazos en contra de gobiernos liberales cuando éstos apuntaban en dirección a los bienes clericales. Condeno al clero que convirtió los púlpitos en tribunas políticas y controlaba el funcionamiento de los poderes públicos, así como las relaciones sociales y familiares; al que acaparaba la riqueza en detrimento de la prosperidad social; al que utilizaba los confesionarios para cuidar sus intereses políticos y económicos; al que concentraba la educación entre ciertos privilegiados impidiendo la alfabetización, al extremo de que el día de la coronación de «su». Iturbide el nuevo país nació con un lastre temerario de noventa por ciento de analfabetos; al que organizaba fiestas religiosas obligatorias más de una tercera parte del año para aumentar la recaudación eclesiástica y las limosnas. Critico abiertamente a la iglesia que invariablemente se opuso

al ingreso de extranjeros no católicos en nuestro país, acción cuyas consecuencias no hemos terminado de pagar; a la que luchó en contra de la libertad de expresión y sabotó con todo el poder a su alcance, recurriendo inclusive a las armas, cualquier proyecto de separación Iglesia-Estado y rechazó con cañones la posibilidad de considerar la libertad de cultos y la de conciencia, la de pensar... ¿Qué somos si ni siquiera podemos pensar libremente?

Una sociedad educada y dirigida por un clero traidor, voraz, inescrupuloso, prejuicioso, enemigo de la evolución y del progreso, cerrado a las corrientes ideológicas. La «hermosa reacción», como diría Miguel Miramón. Un maestro retrógrada, retardatario, limitado porque enseña tan sólo una parte del mundo y de la historia por cuidar sus intereses políticos y materiales o por temor a un castigo por divulgar conceptos que pueden atentar en contra de la unidad de la iglesia. ¿Cómo puede resultar una sociedad educada por el clero católico después de trescientos años, más aún si las torturas y las persecuciones impuestas a quien lo desafiaba racionalmente destruían al hombre y a su intelecto? ¡Cuidado con los espíritus libres, almas descarriadas que pueden conducir a las sociedades civilizadas al abismo! Las bajas clases sociales son fanáticas en lo político y en lo religioso: ahí está la verdadera materia prima explotable.

Sé que omití hechos fundamentales acontecidos en esa época pero que no estaban estrictamente vinculados con la temática contenida en mis objetivos históricos.

Soy consciente de que he dejado en el tintero un sinnúmero de pasajes que bien merecían haber sido recogidos en honor de los liberales que en ellos participaron; sin embargo, insisto, no son ellos los que tienen la voz preponderante en este libro, sino los que se dicen «representantes de Dios en México». Ellos y sólo ellos tienen la palabra.

Ellos y sólo ellos fueron sometidos al detallado escrutinio de mi lupa durante muchos años. Ellos y sólo ellos fueron colocados bajo los reflectores para que pudieran ser vistos tal y como son, o al menos como yo los vi, en los escenarios mexicanos de hace dos siglos.

Ahí vemos al clero, históricamente intolerante, excomulgando a quienes hubieran jurado la Constitución de 1857, alentando a Comonfort para que diera su famoso autogolpe de Estado y provocando con ello, indirectamente, el estallido de la Guerra de Reforma, financiada con los cuantiosos recursos clericales. Lo recordamos aprovechando perversamente la indefensión militar y económica de México derivadas de tres años de guerra civil para invitar en esa indeseable coyuntura a uno de los ejércitos más poderosos del mundo con el objetivo de instalar una monarquía europea, la de Maximiliano de Habsburgo, una felonía de las más aviesas que se conozcan en contra de la patria, ejecutada también por Gutiérrez Estrada, Almonte, el padre Miranda y el obispo Labastida y otros detestables mexicanos...

No ignoro la obra fundamental de don Benito Juárez ni de Ocampo ni de Santos Degollado o Manuel Ruiz o Guillermo Prieto o González Ortega o de los hermanos Lerdo de Tejada, con el debido respeto para Sebastián, ni el papel desempeñado por hombres como Ignacio Ramírez, Ignacio Altamirano, Matías Romero, Ponciano Arriaga, Ignacio L. Vallarta, León Guzmán, José María Mata, Valentín Gómez Farías, Isidoro Olvera, Blas Valcárcel, José María Castillo Velasco, entre otros tantos que, constitucionalistas o no, fueron unos patriotas, auténticas primeras figuras del elenco reformista. Mi respeto y mi más profunda admiración a todos y cada uno de ellos. Fueron los padres de la nación mexicana. Perdón, mil veces perdón, por no haberles con-

cedido el espacio que justificadamente se merecían en estas páginas. Estoy en deuda con ellos.

No podemos pasar por alto cuando el mismo clero favoreció el Plan de Tuxtepec para derrocar a don Sebastián Lerdo y a José María Iglesias, unos indeseables para el alto clero, a cambio de apuntalar en el poder a Porfirio Díaz, este último la frustración del ideario liberal, según Ralph Roeder, pero, al fin y al cabo, una forma más moderna de la dictadura clerical. Claro, no podía ser de otra manera, la iglesia, jamás hizo esfuerzo alguno por impulsar el arribo de la democracia en el país; por el contrario, apoyó a los tiranos, en los que veía a los aliados naturales para garantizar sus poderes y privilegios. La cadena y las pruebas son tan enormes como evidentes. Para ya no entrar en el virreinato, cuando el control era total (a título de ejemplo, Juan de Palafox y Mendoza era virrey y simultáneamente obispo de Puebla, visitador y arzobispo de México), analicemos la suerte de un Hidalgo o de un Morelos cuando propusieron, con sus debidos matices, la independencia de México. ¿No acabaron sus días fusilados y el primero descuartizado, entre otros sacerdotes más? Basta ver las actas de excomunión de ambos curas, sólo por haber demandado la libertad. Posteriormente, durante todo el siglo XIX, el alto clero aparece apoyando a dictadores como Iturbide, como al siniestro Santa Anna, a Paredes y Arrillaga, a Zuloaga, a Miramón, quien gozó de poco tiempo y oportunidad para demostrar su adicción por la iglesia y por la tiranía, hasta acabar con Porfirio Díaz y sus más de treinta años de monopolio del poder, sin olvidar a Victoriano Huerta, porque el asesino tuvo la osadía de invocar en la Cámara de Diputados el nombre de Dios, ni a la «Dictadura Perfecta» y sus otros setenta años de imposición corporativa priista que culminaron con notable éxito el desquiciamiento del país. ¿Cuándo vimos predicar a la iglesia desde los púlpitos el amor a la democracia?

Lo anterior, el militarismo, el caudillismo y otros males, impidieron que México colocara una piedra encima de la otra. Todo ello, junto con el analfabetismo y otros pesados lastres, estorbaron severamente nuestro desarrollo y obstaculizaron el afianzamiento de las instituciones democráticas.

El clero mexicano invariablemente estuvo en contra de los derechos universales del hombre, conquistados a sangre y fuego a raíz de la Revolución Francesa, como lo estuvo en contra de la razón y del intelecto al prohibir la impresión y la importación de libros relativos a la Reforma, a la Ilustración, al Enciclopedismo e impedir la lectura de clásicos como Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Diderot, entre otros, al mismo tiempo que perseguía a «quien pensara peligroso». Octavio Paz lo sentenció mejor que nadie: «somos hijos de la contra-Reforma».

En las páginas de nuestra historia quisiéramos ver aparecer, con la máxima objetividad posible, nombres de personajes eclesiásticos que torcieron el rumbo de México y que, de una forma o de la otra, permanecen sospechosamente en el anonimato, cuando todos deberíamos distinguirlos porque resulta imposible cambiar una actitud, el sentido de nuestras vidas, el rumbo y la marcha del país si no desenmascaramos, o dicho sea eufemísticamente, conocemos a estos protagonistas de la Historia. ¿Cómo detener a un enemigo y controlarlo si ni siquiera aceptamos su existencia? ¿Cómo resolver un problema cuando no reconocemos su importancia?

Hablemos, por ejemplo, de Matías Monteagudo, uno de los verdaderos padres de la independencia; de Luis Clementi, nuncio papal; de los arzobispos Lázaro de la Garza y Ballesteros y Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos; de Francisco Javier Miranda, cura del Sagrario de Puebla; de

Antonio Reyero y Lugo, gobernador de la Mitra; de Clemente de Jesús Munguía, obispo de Michoacán; de Francisco Ortega y García, cura de Zacapoaxtla. ¿Por qué se sabe tan poco de ellos, si fueron tan importantes en la conformación del trágico destino nacional?

De sobra sé que México ante Dios despertará la ira de muchas conciencias retrógradas, las mismas que en su momento se hubieran opuesto no sólo a la evolución, al progreso y a la paz, sino a la promulgación de la Constitución de 1857, para ya ni hablar de las Leyes de Reforma y de la Carta Magna de 1917. Hoy mismo volverían a gritar «Religión y Fueros» si a alguien se le ocurriera tocar o rozar algunos de los cuantiosos intereses o privilegios que disfruta la iglesia católica y que fueron obtenidos, sin duda alguna, de los fieles a través de las limosnas, donativos o compra de perdones, que les arrancan aún a aquellos que carecen de los más elementales satisfactores que exige la dignidad humana. Espero la crítica de los historiadores clericales y la de los oficiales, tan mercenarios como camuflados y que han enajenado su inteligencia y sus conocimientos a cambio de unos pesos, para ponerlos al servicio del Estado o de la iglesia. Sé que atacarán mi obra con la misma pasión con la que han confundido a este país, impidiéndole ver el rostro de sus enemigos. Bienvenida la crítica, aun la fanática. Hagamos un debate sobre la base del respeto, si es posible. Es hora.

Si a algún lector llegaran a parecerle, al menos precipitadas, las anteriores conclusiones, ¿por qué no acompañarme a la experiencia sufrida por don Valentín Altamirano, un testigo presencial, quien me contó toda la historia mientras estuvimos encerrados en una mazmorra en el infierno de la cárcel de San Juan de Ulúa, tan sólo una prueba de los alcances de Díaz, el tirano?

Capítulo 1 El Imperio de la Almas

¿A qué derecho te atienes para defender las propiedades de la iglesia, al divino o al humano?

San Agustín.

Nada propio posee la iglesia, salvo la fe.

San Ambrosio.

—Tú... Sí, tú, como sea que te llames, quien quiera que seas, por amor al Cielo acerca tu oído a mi boca... No me dejes morir sin contarle la verdad a alguien —suplicó aquel viejo de enormes barbas cenizas y cabellera larga alrededor del cráneo calvo de toda una vida.

El anciano permanecía acostado, cubierto por unos harapos ahora irreconocibles si se les comparaba con el traje claro, el corbatín negro y la camisa blanca, la indumentaria con la que había ingresado meses atrás en una de las mazmorras salitrosas de la fortaleza de San Juan de Ulúa, en el corazón del puerto de Veracruz.

Una tenue línea de luz blanca se filtraba con dificultad por la parte inferior de la puerta de hierro oxidada y, al romper la cerrada oscuridad de la celda, me permitía ver las pequeñas siluetas de múltiples roedores siempre inquietos, huidizos, pero al fin y al cabo nuestra leal y constante compañía de día y de noche.

—Ven, ven, que me muero —insistía el vejezuelo con un hilo de voz decrepita. Expiraba. Sus lamentos me habían arrebatado el sueño.

—¿Por qué, por qué despertar...? —Suplicaba yo con los ojos crispados como si elevara una sentida plegaria.

¿Quién resiste esta nauseabunda realidad de la que sólo es posible escapar al dormir, al enloquecer o al morir? Tres paraísos, hermosos paraísos de la insensibilidad. Si llegara a perder la razón mi mente dejaría de torturarme con el recuerdo de mi arresto cuando, apenas anteayer, la policía porfiriana me arrancó de mi familia a media noche para venir a aventarme en esta pocilga pestilente y asfixiante, en donde la oscuridad me impide ver mis propias manos por más que me las acerque al rostro. Nunca olvidaré cómo, al hacerme entrar a empujones en la asquerosa tinaja, las ratas empezaron a trepar golosas, tal vez juguetonas, por mis pantalones. Creí perder la razón entre gritos ahogados de terror y movimientos de repulsión. Me sacudí como pude a esos asquerosos animales dispuestos a devorar cuanto encontraran a su paso: carne, tela, pelo, uñas y detritus. Toda invocación fue inútil. La vida había sido muy generosa conmigo, pues nunca antes de este fúnebre año de 1891 me había obligado a asomarme por una de las ventanas del infierno. Ningún crimen puede justificar un castigo tan devastador y perverso.

Cuando los agentes corrieron un largo cerrojo y colocaron un candado cubierto de herrumbre, al tiempo que el horror se apoderaba de mí en el interior fétido y vomitivo del calabozo, dimensioné los alcances de mis enemigos, el apetito de venganza de mis verdugos, los esbirros del dictador Díaz, quienes me condenaban, sin posibilidad alguna de defensa, a una lenta agonía. «¡Oh vosotros, los que en-

tráis, abandonad toda esperanza!», rezaba un texto a la entrada del infierno, según Dante. Lo último que escuché aquella mañana aciaga, cuando las pisadas de mis captores se perdían, entre carcajadas, a lo largo de los pasillos arenosos de Ulúa fue un «¡Ya cállate, pinche mariquita! ¿No quesque eras muy machito pa' criticar a don Porfirio...? ¡Ahora te chingas, cabrón!».

—Ven, ven, acércate. Nadie sabe lo que voy a decirte, por todos los santos: escúchame antes de que estos huesos viejos se los disputen los tiburones de la Isla de Sacrificios... —repitió aquel personaje que había permanecido casi mudo durante mis primeras horas de cautiverio. En realidad el viejo carecía de alternativa: o me revelaba a mí su gran secreto, fuera yo quien fuera, o irremediamente se lo llevaría a la tumba. Me tuviera o no confianza, me conociera o no, tenía que hablar, y hacerlo pronto, muy pronto...

Las palabras, de escasa resonancia, más bien parecían suspiros. La respiración desacompañada me anunciaba la inminencia de un desenlace fatal. Un dejo de piedad, inusual en aquellos recintos demoníacos, me movió a acercarme a aquel despojo humano. Al fin y al cabo, al dejarlo desahogarse o confesarse, aun cuando yo fuera un extraño, le permitiría morir en paz. Había pues que socorrerlo.

Empecé a incorporarme sobre el tablón que hacía las veces de cama. Una vez sentado continuaba escuchando sus súplicas. El viejo veía al techo, según me lo indicaba una línea sutil del perfil de su rostro. Mis ojos se acostumbraban cada vez más a la oscuridad, y empezaba a identificar ciertas figuras antes irreconocibles. Al escuchar sólo un murmullo decidí acercarme. Asusté a un par de ratas que jugueteaban sobre su pecho. Sólo tuve que dar un paso antes de colocar mi oreja a un lado de sus labios. Jamás ima-

giné la historia que conocería ese mismo amanecer. Bien pronto perdería, claro está, toda noción del tiempo.

Al oír las primeras palabras advertí un intenso estremecimiento en la piel. Por supuesto que no se trataba de una simple confesión, la narración vulgar de una cadena de supuestos pecados cometidos por un humilde mortal, una oveja más de las tantas descarriadas del inmenso rebaño del Señor. ¡No, que va! Lo que a continuación me sería revelado sacudiría los cimientos mismos de nuestra sociedad e influiría abiertamente en las generaciones subsecuentes. Nada de que acúsome padre de haber estafado a mi socio o de haber engañado a mi mujer... No, no se trataba de un chisme provinciano e intrascendente de confesionario, sino de desenmascarar, de una buena vez y para siempre, al peor enemigo de México a lo largo de su dolorida historia. ¡Cuánto lamenté no haber tenido a la mano un lápiz, papel y luz para poder dejar un testimonio escrito de la cadena de atropellos sufridos por la nación a manos del clero católico! Espero que mi memoria no me traicione en estos momentos, cuando empiezo a redactar estas líneas que debe leer todo compatriota deseoso de no volver a tropezar con la misma piedra. Durante la narración imaginé y pude haber dibujado cientos de caricaturas, algunas de las cuales, pensé, llegaría a hacer si salía con vida del calabozo.

—Escucha, escucha, hijo mío —carraspeó el anciano al percatarse de mi presencia. Su voz adquirió otra intensidad, un nuevo vigor, otro timbre al comprobar mi interés por su narración. Resurgía. Ya no estaba solo ni se llevaría consigo el secreto al fondo de las aguas tibias del Golfo de México —. No podía abandonar el reino de los vivos mientras alguien no supiera lo que he guardado durante muchos años, aquí, en mi pecho —advirtió en tanto señalaba con unas uñas descomunamente largas el lugar en donde su cora-

zón podría dejar de latir en cualquier instante—. Gracias por acompañarme, hijo mío...

Cuando intentaba acomodarme a un lado del lecho, don Valentín Altamirano empezó a disparar conceptos que yo no olvidaría jamás. Al presentir que tenía los minutos contados me hizo saber sin más rodeos que él había sido toda su vida escritor y periodista; que había trabajado en diversos diarios mexicanos; que había publicado un sinnúmero de libros, la mayoría sobre diversos aspectos de la historia patria; que después había sido editor y había sobrevivido instalado en la clandestinidad desde los primeros años de la dictadura porfirista, por haberse atrevido a revelar secretos clericales celosamente guardados. Las persecuciones de las que había sido víctima, lejos de inducirlo a trabajar en otros temas, le habían aguijoneado el amor propio al extremo de hacerlo abandonar todo para avocarse al descubrimiento del verdadero papel desempeñado por la iglesia católica mexicana en nuestro siglo. ¿Quién dijo que el clero sólo se había dedicado a la divulgación del Evangelio, su primera obligación aquí en la tierra como en el cielo...? ¿Los prelados no habían llegado a ser hasta virreyes temporales o permanentes, con lo cual se sumaba el control político al espiritual? ¿Por qué los sacerdotes, en lugar de enseñar a adorar a la Divinidad, decidieron ejercer, a cualquier precio, un mezquino protagonismo político, militar y económico...? ¿Acaso se sabía que la iglesia había financiado ejércitos y conducido, en innumerables ocasiones, a la guerra fratricida con tal de no someterse a la ley ni perder ninguno de sus odiosos y anacrónicos privilegios jurídicos y patrimoniales? ¿Por qué si era tan piadosa tenía que contar con cárceles y policía secretas, salas de tortura y ejércitos de fieles dispuestos a matar con una cruz en la mano izquierda y una espada enorme y afilada en la derecha?